

PRESENTACIÓN

JOSÉ MARÍA CALDERÓN CASTRO
Director Nacional de OMP
España

«La Iglesia es “misionera por su propia naturaleza”. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar. Es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio a los que están alejados de Cristo, porque esta es la tarea primordial de la Iglesia. La actividad misionera representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia, y la causa misionera debe ser la primera» (Francisco, 22 de octubre de 2017).

Con estas palabras, el papa comunicó en octubre de 2017 al cardenal Filoni, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, la convocatoria del Mes Misionero Extraordinario. Francisco decidió que el lema de este mes extraordinario fuera: «Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo».

Este fue el comienzo de una preparación intensa de un mes que tenía que despertar el ímpetu misionero de los creyentes, para no dejar que el sueño de Dios de llegar a todos los hombres se apagara. También la Iglesia española fue preparando este momento. Su organización recayó sobre las Obras Misionales Pontificias de España, tanto en su Dirección Nacional como en las setenta direcciones diocesanas, pero siempre con el apoyo y ánimo de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, de la Conferencia Episcopal Española, presidida por el señor arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, Mons. Francisco Pérez, y formada por los obispos de Barbastro-Monzón, Mons. Ángel Pérez; de Coria-Cáceres, Mons. Francisco Cerro, y por el obispo emérito

de Jaén, Mons. Ramón del Hoyo. A ellos se debe, sin duda, el éxito de la celebración de este Mes Misionero Extraordinario en España.

Desde el principio vimos claro que debíamos organizar un Congreso Nacional de Misiones. Apoyado y animado por Mons. Dal Toso, arzobispo presidente de las Obras Misionales Pontificias, y de los cuatro secretarios generales, y muy especialmente por el P. Fabrizio Meroni, secretario general de la Pontificia Unión Misional, don Anastasio Gil, entonces director nacional de las OMP y fallecido en septiembre de 2018, puso manos a la obra para que el congreso se pudiera realizar. Sin duda, a él la Iglesia española le debe mucho y le tiene que recordar con mucho afecto en todo lo que se refiere a la animación misionera y al trabajo por la misión desde España en los últimos casi veinte años.

Con este motivo se formó un equipo estupendo, que pretendió representar a todas las Facultades de Teología de España. No todas están representadas, pero sí seis de ellas. Desde aquí quiero agradecer al profesor Bueno, de la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos; al profesor Madrigal, de la Universidad Pontificia Comillas; al profesor Villar, de la Universidad de Navarra; al profesor Ruiz, de la Facultad de Teología de Valencia; al profesor Rodríguez Veleiro, de la Universidad Pontificia de Salamanca, y a los profesores Carvajal y Martínez, de la Universidad Eclesiástica San Dámaso. Entre todos nos empeñamos en hacer algo que creíamos fundamental: un congreso no de misionología, sino de misiones, en el que la ciencia sobre la evangelización se propusiera de forma clara, sencilla y accesible a los cristianos que saben y tienen claro que el bautismo les hizo misioneros enviados a llevar la Buena Nueva de nuestro Señor.

El Santo Padre, al convocar el mes misionero, nos pidió no olvidar cuatro dimensiones: el encuentro personal con Jesucristo, el testimonio de los misioneros, la caridad misionera y, lo que ahora nos importa de modo particular, la formación. Formación bíblica, catequética, espiritual y teológica sobre la *missio ad gentes*.

Este equipo de profesores universitarios ha sido y sigue siendo un regalo para la labor que las OMP realizan en España, y ya está

trabajando para nuevos proyectos en años sucesivos. Con ellos preparamos el Congreso Nacional, cuyas actas ahora vemos, y que creemos que ha sido un motivo para que muchos cristianos descubran que la misión y la evangelización no es un capricho, algo accesorio o una expresión de sentimientos buenos, sino un mandato que la Iglesia recibió, fruto de la fe en Cristo Jesús.

En estas actas que hoy tengo el honor de presentar se recogen documentos llenos de sabiduría, pero también de experiencia de fe y de amor a Dios y a la Iglesia. Además de las palabras iluminadoras y entusiasmantes, tanto de inauguración como de clausura del congreso, de don Francisco Pérez, arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, y de don Carlos Osoro, cardenal arzobispo de Madrid, respectivamente, en este libro se recogen las cinco grandes conferencias, llenas de propuestas y de intuiciones que pueden abrir el apetito para hacer cosas mayores. Los ponentes han hecho un gran esfuerzo por hacernos posible entender más de cerca lo que la Iglesia enseña sobre la ciencia de la misión.

Además de estas conferencias, que han sido como la espina dorsal del congreso, se ofrece el texto de las once comunicaciones, cinco más teológicas, seis más pastorales, sobre temas de actualidad y de interés misionero concreto que nos hacen reflexionar.

No hemos podido incluir en este volumen de actas las aportaciones de las tres mesas redondas en las que el testimonio personal y la vida de los invitados nos acercaron a la misión de forma inmediata: los obispos misioneros, padres combonianos; el testimonio de diferentes personas que representan una forma nueva de evangelización, proclamando la Buena Noticia de forma diferente a los institutos misioneros tradicionales. Y, por último, la posibilidad de oír a diferentes personas que han tenido una relación directa con la misión y los misioneros, pero basada en razones profesionales. Sin embargo, tanto el vídeo de estas mesas como los de los ponentes están subidos en la página web de las Obras Misionales Pontificias.

Lo que sí hemos querido incluir, porque nos han parecido realmente enriquecedoras, son las homilias que se predicaron en la

celebración de la eucaristía de los tres días que duró el congreso. Breves, sencillas, pero llenas de contenido misionero, nos ayudaron a no olvidar que la relación con Dios, la oración y la liturgia son la fuerza de la misión *ad gentes*.

A través de estas palabras de presentación del libro de actas del Congreso Nacional de Misiones de 2019 quiero dar las gracias a todos los que lo hicieron posible: los equipos tanto del Mes Misionero Extraordinario como el propio del congreso; a la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias (y en ellos dar las gracias a Mons. Ricardo Blázquez y a Mons. Luis Argüello, presidente y secretario de la Conferencia Episcopal Española, respectivamente); a los trabajadores y voluntarios de las Obras Misionales Pontificias, de la Dirección Nacional y de las setenta delegaciones diocesanas de misiones.

Pido a nuestra Señora, la Reina de las Misiones, que la Iglesia en España no pierda nunca el coraje y el deseo de llevar a Cristo a todos los hombres que manifestaron con su oración y vida san Francisco de Javier y santa Teresa del Niño Jesús.

Quiero terminar con la carta que recibimos del Jefe de la Casa Real Española:

Palacio de La Zarzuela
Madrid, 6 de octubre de 2019

Estimado Director:

Me complace acusar recibo de la carta y documentación que, a través de Monseñor Francisco Pérez González, arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela, me dirigió el pasado 17 de julio, en la que tiene la amabilidad de invitar a Sus Majestades los Reyes a asistir al Congreso Nacional de Misiones que, con motivo de la celebración del Mes Misionero Extraordinario, convocado por Su Santidad, el papa Francisco, en octubre próximo, tendrá lugar en la parroquia de San Francisco de Borja, de Madrid, del 19 al 22 de octubre del presente mes.

Hemos valorado y estudiado con el mayor interés esta invitación, esperando hasta el último momento para tratar de encajar este acto

en la agenda de Sus Majestades; sin embargo, lamento informarle de que, finalmente, no va a ser posible su asistencia al citado congreso.

Sus Majestades agradecen su atenta invitación y me encargan de que, en su nombre, le envíe su afectuoso saludo, extensivo a todos los asistentes al congreso, y en especial a todos los misioneros españoles extendidos por todo el mundo, animándoles en la importante labor social que desarrollan.

Le saluda cordialmente,

JAIME ALFONSÍN

INAUGURACIÓN DEL CONGRESO

Mons. FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ
arzobispo de Pamplona-Tudela
presidente de la Comisión Episcopal de Misiones

Buenas tardes a todos. Ciertamente, hemos empezado rezando esta oración tan hermosa que nos ha ofrecido el papa Francisco. Le he visto ya cuatro o cinco veces. Siempre me dice lo mismo: «Dondequiera que esté, salude a todos de mi parte». Por tanto, os transmito un saludo, aunque no sea explícito y formalmente escrito, pero sí de corazón, de nuestro papa, al que nosotros nos adherimos, porque, como yo siempre le digo: *«Tu es Petrus, tú eres Pedro»*.

Cómo no, también de la Conferencia Episcopal Española, aquí ahora representada por nuestro querido secretario, en nombre del presidente, don Ricardo Blázquez, el cardenal que ya conocemos, y también de la Comisión Episcopal de Misiones, como ya ha nombrado el director de Obras Misionales Pontificias. Él es, junto con todas las delegaciones y sobre todo las direcciones de OMP de todas las diócesis, quien ha organizado este congreso.

Quiero saludar también, cómo no, a los obispos auxiliares de Madrid, que nos representan en este momento en comunión con nuestro querido cardenal Osoro, que vendrá al final de este congreso. También a los obispos que habéis venido, y algunos incluso que son los padres sinodales de la Amazonía, Mons. Divasson, y también el presidente de la Conferencia Episcopal de Ecuador, que, además, son navarros.

Saludo también al señor obispo de Bangassou, al que sin duda conocéis, y a los demás obispos; al presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, que también está entre nosotros, y a todos, de corazón, bienvenidos. Y de un modo especial, cómo no, a aquellos que os habéis acercado de una forma u otra a este congreso.

El título es muy significativo: «Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo». Cuando escuché este mensaje por parte del papa, me conmovió interiormente, porque sentí una vez más que soy misionero desde el día en que fui bautizado. Es verdad que yo quise ir a misiones. No pudo ser. El Señor permitió en mí una enfermedad de tres años, y aquello me hizo ser más misionero, porque la misión no es hacer, sino sobre todo ser. Ser reflejo de la voluntad de Dios.

Y, por ello, cuando el papa dijo: «He pedido a toda la Iglesia que durante el mes de octubre de 2019 se viva un tiempo misionero extraordinario para conmemorar el centenario de la promulgación de la carta apostólica *Maximum illud*, del papa Benedicto XV», ahí comprendí que este año debe ser un año misionero, y sobre todo el mes de octubre. Sigue diciendo: «La visión profética de su propuesta apostólica me ha confirmado –refiriéndose a Benedicto XV– que hoy sigue siendo importante renovar el compromiso misionero de la Iglesia, impulsar evangélicamente su misión de anunciar y llevar al mundo la salvación de Jesucristo, muerto y resucitado». Aquí se condensa ciertamente el deseo que lleva en su corazón el Santo Padre.

Pues bien, ante esto yo quiero hacer una sencilla reflexión y, más que nada, para que inauguremos todos juntos y en comunión este congreso, para que tenga también una trascendencia, no solamente en nuestra Iglesia de España, sino también en las Iglesias donde están nuestros misioneros, más de 11.000, a los que sin duda agradecemos esa entrega y esa generosidad.

Pero, sobre todo, quiero tener presentes a nuestros mártires. Me comentaba el obispo auxiliar de Bangassou, y aquí está el titular, cuando murió últimamente aquella misionera. Y, ciertamente, es digno de dar un aplauso. Un aplauso a nuestros misioneros que entregan su vida, día a día, y que en muchos momentos la entregan en el silencio, pero es lo que más brilla. No brilla la noticia, esto que busca el mundo de hoy. No. Brilla la entrega. Cómo no va a brillar. De tal forma que incluso hasta desde el ministerio de Asuntos Exteriores quieren también colaborar para ayudar todo lo posible a nuestros misioneros.

Pues bien, ante este reto es importante ponernos los bautizados en actitud de apertura evangelizadora. Nada hay más rico en el corazón del género humano que la salvación en Jesucristo. Es el mayor don. Una vez me decía una persona: «El gran hito de la historia ha sido que el hombre haya pisado la Luna». Y yo dije: «No. El gran hito de la historia es el Hijo de Dios saliendo del seno de la Trinidad y pisando la Tierra». Este es el gran hito. Y por eso estamos aquí. Y por eso tantos que han entregado su vida por la misión podemos decir que son expresión viva de este Cristo vivo en medio de nosotros.

Las circunstancias actuales son complejas y muchas veces aparentemente infranqueables. Pero la sed que hay en el ser humano es muy fuerte. No nos podemos quedar con las manos en el bolsillo, paseando como zombis, y olvidar lo que sucede a nuestro alrededor. Es una de las tentaciones que nos acosan permanentemente.

Una vez pregunté al papa Francisco por qué había escrito *Evangelii gaudium*, y me dijo:

Yo siempre en la cartera llevo *Historia de un alma*, de Teresita del Niño Jesús, y *Evangelii nuntiandi*. Es lo que llevo en mi cartera. Me habrá visto alguna vez cuando subo al avión. Y un día, yendo en el avión, leí una frase de *Evangelii nuntiandi*, de san Pablo VI: «No se puede anunciar el Evangelio si no se anuncia con gozo». Y eso es lo que me motivó a escribir esta carta.

Francisco dice: «El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás. Ya no entra en los pobres. Ya no se escucha la voz de Dios. Ya no se goza la dulce alegría de su amor. Ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien».

Todos queremos, ¿verdad? Pongamos ahí nuestro corazón en ese amor a Cristo que el mundo necesita porque está sediento. La sociedad tiene derecho a que los bautizados nos arremanguemos y llevemos el mensaje de Jesucristo con energía y valentía. Tienen derecho a escu-

char la voz del Maestro, que nos ha dirigido a todos por el camino de la vida eterna. Todos estamos llamados a ser pertenencia de Dios. Todos. Si somos bautizados, no es por méritos propios, sino por puro don de Dios. Pero mal viviríamos nuestro bautismo si lo encerráramos en una urna muy preciosa y no la compartiéramos con los demás.

Los dones de Dios se comparten, puesto que él ha compartido el amor trinitario con nosotros. El mayor de los dones, y que no tiene precio. Y por eso ahí está el misionero.

La sociedad está hambrienta y sedienta de Dios. Veamos un poco los titulares, los *mass media*, y observaremos que se necesita un cambio fundamental para seguir el plan de Dios, que está muy señalado ciertamente en el Credo y en los mandamientos. Todo barco y aparato aeronáutico requiere una brújula para saber llegar a la meta. Por eso solo quiero mostrar unas pequeñas orientaciones sobre la misión de la Iglesia con visión de futuro. La Iglesia debe ser kerigmática, anunciar a los demás: Dios te quiere. Cristo ha venido por ti. Esto conmueve.

En segundo lugar, no podemos ser misioneros si no vivimos en comunión. Distintos, diversos. En comunión y, sobre todo, esta que nos ha dejado Cristo: «Padre, que todos sean uno, para que el mundo crea».

Por otra parte, sabemos también que hemos de dialogar. Y dialogar, sin duda, llevando siempre dentro de uno la verdad, la justicia, el amor, la misericordia. A unos, tal vez, la misericordia; a otros, igual el amor; a otros, quizá la justicia, y a otros, la verdad. El diálogo no es perder el don que uno tiene, sino regalarlo, pero proponiendo, nunca imponiendo.

En otro lugar, somos profetas, y el profeta anuncia algo grande, el profeta anuncia que la vida tiene sentido, el profeta anuncia que somos hijos de Dios, que todos somos hijos de Dios; el profeta anuncia que hay una vida, y una vida que no acaba.

Pues bien, creo que este congreso puede servirnos a todos para seguir el deseo del Santo Padre, que quiere que este mes de octubre –y ojalá que todos los días– seamos misioneros del amor misericordioso de Dios.

BAUTIZADOS Y ENVIADOS: LA INICIACIÓN CRISTIANA Y LA MISIÓN

GUY BOGNON
Secretario general de la
Obra Pontificia de San Pedro Apóstol (Roma)

Introducción

En unos diez días, la Iglesia universal empezará el evento del Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, que tiene por tema «Bautizados y enviados: la iniciación cristiana y la misión». Será un evento de una inmensa solemnidad y de una efervescencia que abrazará la Iglesia entera, en todos los continentes, en todos los países, en todas las diócesis, en todas las parroquias, en todas las instituciones eclesiales. El papa Francisco lo ha querido para suscitar que el espíritu misionero en el corazón de los bautizados se despierte, disfrutando del centenario de la promulgación de la carta apostólica *Maximum illud*, del 30 de noviembre de 1919, en la cual el papa Benedicto XV había decidido dar un nuevo impulso a la responsabilidad misionera de anunciar el Evangelio. Se tratará de un acto de fe, que no se limitará a las festividades divertidas de un día, de una semana, de un mes o de un año, sino que suscitará oración, reflexión, meditación permanente y examen diario de conciencia en el corazón de cada bautizado sobre el estado actual de la misión, con miras a un progreso cada vez mayor y renovado en el trabajo de evangelización. Este Mes Extraordinario tiene como objetivo ayudar a cada cristiano a descubrir su misión, recibida en y por el bautismo, que no solo le hace miembro de la Iglesia, sino que sobre todo le da una responsabilidad de testimoniar la vida de Cristo Jesús, quien no deja de enviarnos: «Id por el mundo entero, proclamad la Buena Noticia...». Este mandato misionero no está

solo reservado a las personas consagradas, los curas, religiosos y religiosas, ni solo a las congregaciones misioneras. Se dirige a todos los cristianos, a cada uno de ellos. A todos los bautizados y misioneros. En cada parte donde nos encontremos, esta realidad nada o poco conocida, olvidada, descuidada, tímidamente vivida o voluntariamente ignorada, necesita estar despierta, activada y reinsertada en todos nuestros gestos, pensamientos o palabras de todos los días.

Con las diversas iniciativas preparatorias de este Mes Misionero Extraordinario ya empezó la reflexión, el examen de conciencia pedido por el papa Francisco a las Iglesias locales en numerosos países en el mundo, y este Congreso Nacional de Misiones aquí en Madrid es una insigne ocasión. En nombre del cardenal prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, en nombre de Mons. Giampietro Dal Toso, presidente de las Obras Misionales Pontificias, y en nombre de todos los secretariados generales y de todos los miembros de las Obras Misionales Pontificias, les saludo y felicito a cada uno de ustedes presentes aquí para tomar parte de cerca o de lejos en este acontecimiento. Saludo particularmente, con mucho reconocimiento, a la Conferencia Episcopal Española por la hermosa y pastoral iniciativa de este Congreso, a Su Excelencia, Mons. Francisco Pérez, presidente de la Comisión Episcopal de Misiones, por sus palabras de acogida y de introducción, llenas de alegría y de esperanza. Nuestros agradecimientos se extienden al padre José María Calderón, director nacional de las OPM, y a todos los que, con paciencia, celo y abnegación, coordinan las diferentes actividades de este Congreso. Felicito y dirijo mi viva gratitud a todos ustedes, por su presencia masiva, que se anuncia activa, y por todo lo que han hecho y van a hacer en el sentido de la reflexión pedida por el Santo Padre, con miras a vivir mejor la identidad misionera del bautizado, donde sea.

Es para dar un vibrante tributo a todo el trabajo previsto por este Congreso por lo que me gustaría esbozar aquí algunas ideas que, según la propuesta de los organizadores de este evento, pue-

den reunirse bajo el tema de «Bautizados y enviados: la iniciación cristiana y la misión». Este tema se puede dividir en dos componentes que se contestan o se corresponden: bautizados y enviados, por un lado, e iniciación cristiana y misión, por otro. En estos dos componentes, un paralelismo sinonímico se ve evidente en primer lugar entre bautizados e iniciación cristiana, y luego entre enviados y misión. Estos dos componentes del tema expresan la misma idea con palabras o expresiones iguales. *Ser bautizado es tener la iniciación cristiana; ser enviado es tener una misión.* Eso significa que la misión forma parte del bautismo; un bautizado es un enviado por el solo hecho de que está bautizado; estar iniciado de manera cristiana significa estar conferido con una misión, estar enviado en misión al mundo. Eso es lo que mis palabras quieren señalar en un recorrido en tres etapas: primero, el bautismo nos envía en misión; segundo, la pérdida de la exigencia misionera del bautizado, y, por fin, algunas ideas para encontrar de nuevo la identidad misionera perdida.

1. El bautismo envía en misión

a) La iniciación cristiana o el bautismo como sacramento de tres dimensiones

Inexistente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, la expresión «iniciación cristiana» aparece en el vocabulario litúrgico en el siglo XIX¹ para representar todos los ritos, ejercicios y enseñanzas que permiten hacerse cristiano. Sin limitarse a una enseñanza doctrinal y a la celebración de los sacramentos, junta el bautismo con una catequesis global, incluyendo una enseñanza doctrinal, pero tam-

¹ J.-M. BRAUNS, *L'initiation des chrétiens, de l'anthropologie à la théologie*. Paris, Lethielleux, 2018, p. 166: «La notion d'initiation chrétienne a été introduite dans le discours catholique à la fin du XIX^{ème} siècle, et s'est installée par le biais de la théologie de la liturgie, dans le contexte pastoral du XX^{ème} siècle».

bién una formación a la vida moral, a la vida de oración, a la vida litúrgica eclesial y comunitaria. Sin embargo, el paralelismo entre bautizados e iniciación cristiana hace pensar que el bautismo representa toda la iniciación cristiana o que la iniciación cristiana consista en ser bautizado. Pero, como sabemos, la iniciación cristiana se realiza con los tres sacramentos que proporcionan los fundamentos de la vida cristiana: el bautismo, por el cual los fieles nacen de nuevo; la confirmación, que permite fortificarles, y la eucaristía, que les alimenta.

El *Ritual de la iniciación cristiana*, en el n. 2, después de explicar la constitución de cada uno de estos sacramentos, precisa: «Los tres sacramentos de la iniciación cristiana se siguen para conducir a su perfecta estatura a los fieles, quienes “ejercitan por su lado, en la Iglesia y en el mundo, la misión común con todo el pueblo cristiano”»².

Si la revisión del *Ritual de la confirmación* fue pedida por el Concilio, y hecha, fue «para mostrar con más claridad el vínculo íntimo de este sacramento con toda la iniciación cristiana»³.

Y si el *Ritual del bautismo de niños* en edad escolar da al sacerdote la «posibilidad» de confirmarles justo después de su bautismo (nn. 90 y 118) y pide «siempre» su participación en la eucaristía el mismo día (nn. 90 y 123), es para «poner en evidencia que los tres sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía son los sacramentos de una única iniciación cristiana, y no los sacramentos de etapas psicológicas» (n. 90). Eso vale con mayor razón para los adultos, como muestra su propio ritual (nn. 211-213; 229).

Los textos muestran con mucha claridad que los tres sacramentos de la iniciación cristiana forman parte de un todo, un «conjunto orgánico». El interés teológico y pastoral que se deriva es el

² Cita de la Constitución dogmática sobre la Iglesia 31.

³ Constitución sobre la liturgia 71. Pablo VI recogió la misma fórmula en su Constitución apostólica *Divinae consortium naturae*, sobre el sacramento de la confirmación (1971).

siguiente: dado que los tres forman un todo, cada uno necesita estar comprendido en su relación con los otros dos; y, porque es un conjunto «orgánico», los tres se enlazan según una dinámica interna que fue descrita de manera muy expresiva por san Agustín, quien, en su proceso mistagógico, recuerda a los nuevos bautizados lo que han vivido a lo largo de su itinerario iniciático. Entrojados durante su entrada catecumenal, molidos a lo largo de esta por los esfuerzos de conversión pedidos, y que se veían en «los ayunos y los exorcismos», empapados de agua en la fuente bautismal para hacerse una masa, pasados a la «cocción del fuego del Espíritu Santo», y con esto «hechos el pan del Señor», tienen que «hacerse lo que recibieron: el cuerpo de Cristo»⁴. Se trata de un sacramento único.

«La unidad formada por este conjunto dinámico –escribe el padre Chauvet– es tan fuerte que, sin poner en duda el septenario sacramental, se puede ver en ella como un “sacramento” único; aun se puede decir que este conjunto constituye el sacramento único, el que hace al cristiano. Sacramento en tres gestos o en tres tiempos, pero tan estrechamente vinculados que forman parte de una sola figura»⁵. Para ayudar a entender esta afirmación, el padre Chauvet recurre a los diferentes grados en los sacramentos, recordando el carácter analógico del sacramento y la confirmación como elemento del bautismo.

Primero, según la tradición teológica más firme, incluso también la de la gran escolástica de la Edad Media (santo Tomás y muchos otros), la idea de «sacramento» es analógica, es decir, extensible, y no se verifica en el mismo grado según los casos, y, dentro de los siete sacramentos reconocidos como tales en el siglo XII, el bautismo

⁴ San Agustín, *Sermones* nn. 229, 272...

⁵ L.-M. CHAUVET, *L'unité des trois sacrements de l'initiation chrétienne*, en <https://liturgie.catholique.fr/accueil/initiation-chretienne/devenir-chretien/12743-unite-trois-sacrements-initiation-chretienne/> (consulta: 15 de septiembre de 2019). El padre Chauvet es profesor emérito del Instituto Católico de París, cura en una parroquia de la diócesis de Pontoise.

y la eucaristía fueron reconocidos como «sacramentos principales». Se deduce de esto que pensar en el conjunto de los tres sacramentos de la iniciación como *un* sacramento único no plantea problema desde el punto de vista de la tradición teológica, particularmente patrístico.

Después, lo que se llama desde el año 450 «confirmación» no existía como sacramento independiente durante el período de la antigüedad. Era un elemento del bautismo; más precisamente, el elemento que «cumple» o «perfecciona» el bautismo por la unción del Espíritu Santo, como el aceite perfumado viene a «perfeccionar» un baño. Desde un punto de vista teológico, se puede considerar la confirmación como un elemento del bautismo: el elemento que despliega la dimensión «neonatólogica» y que señala el vínculo «estructural» del cristiano con el Hijo y con el Espíritu.

Entonces, concluye el padre Chauvet, no puede existir «sacramento» superior a este conjunto sacramental único, que «hace» al cristiano, y que empieza en el bautismo «cumplido» por la confirmación hasta la eucaristía. Aún se podría decir, desde un punto de vista teológico, que solo existe un «sacramento» fundamental, el de la «iniciación cristiana», y que los otros sacramentos solo declinan esto según las circunstancias de la vida (reconciliación, unción de los enfermos) o según los estados y caminos de vida (ordenación, matrimonio).

Por último, por «iniciación cristiana» la Iglesia católica habla de los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía en su unidad orgánica, celebrados y recibidos en la noche de Pascua y, por extensión, todo el recorrido catecumenal y mistagógico. El momento decisivo de la iniciación cristiana se queda en el bautismo. Por y en el bautismo, el catecúmeno es iniciado; pero incluso con esta iniciación necesita una preparación y complementos. Como es necesario ser bautizado para recibir la confirmación y la eucaristía, que cumplen de manera sacramental el don inicial y determinante de este sacramento, se entiende por iniciación cristiana sobre todo el rito del bautismo, que representa su sustancia litúrgica y teológica. Los sacramentos de la confirmación y de la

eucaristía se refieren a la vida recibida en el bautismo, fuera del cual no tienen sentido ni eficacia sacramental posible. El rito del bautismo es el criterio esencial de la iniciación cristiana. Todos los otros aspectos de la iniciación cristiana, aun sacramentales, solo se pueden entender a partir del bautismo. Una persona que no es bautizada no está iniciada desde un punto de vista cristiano. La persona bautizada, aun sin preparación o sin haber recibido otro sacramento, está iniciada. Nuestro objetivo era afirmar con Jean Daniélou y mostrar que «es el bautismo el que constituye la iniciación cristiana»⁶ y que estar iniciado cristianamente significa hacerse cristiano, un bautizado con una misión.

b) El bautismo como sacramento por la misión

Ser bautizado es unirse a Cristo, comprometerse para vivir de él, darle a conocer por nuestra vida, y eso lo cambia todo en nosotros y a nuestro alrededor. Son la sal de la tierra, la luz del mundo. La sal no podría esconder su sabor, la luz no podría disimular su resplandor. El resplandor no se añade a la luz, la misión no se añade a la vida del bautizado, solo es su manifestación. En su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones, el papa Francisco decía que el mandato misionero de Cristo toca de cerca a todos los cristianos: «Yo siempre soy una misión; tú siempre eres una misión; cada bautizada y cada bautizado es una misión».

Como cristianos, somos los enviados de Dios en el mundo. La misión forma parte de nuestra identidad, todo cristiano es un misionero. Un cristiano que no hace nada por la misión no es un cristiano. Un médico que no puede curar no es un médico; un carpintero que no es capaz de crear muebles no es un carpintero; un cocinero que no sabe cocinar se debe llamar por otro nombre; del

⁶ J. DANIELOU, *Essai sur le mystère de l'histoire*. París, Seuil, 1953, p. 125, cit. en J.-M. BRAUNS, *L'initiation des chrétiens, de l'anthropologie à la théologie*, o. c., p. 169.

mismo modo, un cristiano que no evangeliza es un pagano, un renegado. Todos los bautizados son llamados por Dios para trabajar en la santificación del mundo a la manera del fermento y para manifestar a Cristo a los otros. Este testimonio de Cristo es el que tienen que dar, por su vida y sus palabras en su familia, su grupo social, su trabajo.

En su carta apostólica *Mane nobiscum, Domine* (Quédate con nosotros, Señor), del 7 de octubre de 2004, el papa Juan Pablo II dice: «Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría solo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio»⁷. Uno recibe a Cristo no para encerrarle en una caja para tener intereses, sino para llevarlo al mundo. «El cristiano no está llamado solo a satisfacer su sed con Cristo, sino a hacerse una fuente para saciar a los otros»⁸.

El descubrimiento de Cristo transforma y transporta hacia los otros.

No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con él se vuelve mucho más plena, y que con él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos (cf. *Evangelii gaudium* 265-266).

Ser bautizado es comprometerse con una vida de convertido, es nacer a una nueva vida que no puede dejar de interpelar y suscitar asombro. El bautismo hace del cristiano una persona activa

⁷ *Mane nobiscum, Domine* 24.

⁸ J. Polit, citado en *Vivre sa vie*. París, Centrale St.-Jacques, 1973, p. 371.

de la misión. Toda su vida se vuelve una predicación del Evangelio por el ejemplo, toda su existencia, todo su ser grita el Evangelio por todas partes. Se vuelve responsable de la expansión de la Buena Noticia hasta los confines de la tierra.

El motivo inicial de la misión es el amor de Cristo para la salvación eterna de los hombres. Un verdadero bautizado lleva el deseo de ofrecer gratuitamente lo que él mismo ha recibido gratuitamente⁹. Eso significa que puede y debe predicar en la calle, hablar de Cristo en las redes sociales, en los distintos medios de comunicación, hablar en público con audiencias no cristianas para explicar el Evangelio. También puede vivir su misión por el testimonio, la oración y el amor fraterno. El verdadero bautizado asegura también su misión por el trabajo de la inteligencia para profundizar e iluminar su fe o llevando una vida cristiana que tiene su fuente en los sacramentos y resplandece de Evangelio. El verdadero bautizado está llevado en su día a día para «dar cuenta de su fe a los que se lo piden» (cf. 1 Pe 3,15) en todo lugar donde pueda encontrarse con personas, en la oficina, en el taller, en el mercado, en la casa, en el camino...

c) Misión, una terminología que hay que revisar

La noción de misión ha conocido una evolución que nos obliga a darle un nuevo contenido.

– *La evolución del concepto de misión.* Durante el gran período de la expansión del cristianismo del siglo XIX hasta la mitad del XX, la pregunta «¿qué es la misión?» no se hacía. Todo el mundo lo sabía y tenía una definición geográfica de la misión. «Misión» significaba irse a África, a Asia o a otra parte, «lejos», para anunciar el Evangelio a las personas que nunca lo habían escuchado. Se distinguía la evangelización «cerca» de la misión «lejos». La

⁹ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae* 11.

misión consistía en cruzar también las fronteras lingüísticas, psicológicas, sociales, culturales y religiosas. Ante todo, la misión consiste en cruzar la frontera entre la fe y su ausencia.

La misión estaba considerada muchas veces como una actividad, un asunto de especialistas. Hablábamos siempre de «irse» de misión, lo que significa que la misión se desarrollaba necesariamente fuera, no en el país misionero, sino en los países en desarrollo, en Asia, en África, en América Latina, en Oceanía.

Durante los últimos siglos, el Evangelio ha echado raíces en todo el mundo, lo que significa que hay en casi todos los países Iglesias que anuncian el Evangelio a su alrededor, aun en los países donde los cristianos están oprimidos o perseguidos. La propagación del Evangelio ya no es solo un movimiento del Oeste hacia el resto del mundo. Este esquema es antiguo. Hoy, el movimiento es multidireccional: los que anuncian el Evangelio vienen de todas partes y van a todas partes. Casi todos los países que acogen misioneros envían también misioneros a otros países del mundo. Hay cristianos en todos los continentes, pero, al mismo tiempo, los países occidentales están más secularizados y des cristianizados. El tradicional «lugar de partida» de los misioneros se ha convertido en un verdadero lugar de misión. Europa, que proporcionaba misioneros, se ha vuelto «tierra de misión». Es verdad que la misión significa siempre salir, partir, irse de casa. Todavía la misión hace pensar en la distancia, distancia entre el enviado y el destinatario. Pero hoy nos damos cuenta de que la distancia no excluye la proximidad. (La salida en un avión no es alcanzable necesariamente corriendo en línea recta, también puede estar justo detrás de nosotros, al lado o enfrente de nosotros).

Partir no es el objetivo de la misión.

- *Lo que no es ni abarca la misión.*

- No es suficiente con ir al extranjero para disfrutar de una misión. Si la misión supone un enviado y un destinatario, supone e impone un mensaje que transmitir. Sin este mensaje, la misión no tiene su razón de ser; sin este mensaje no podemos hablar de misión.